

JEAN DUMONT

LEPANTO, LA HISTORIA OCULTA



Jean Dumont

Lepanto, la historia oculta

Traducción de Mónica Ruiz Bremón



Título en idioma original: *Lépante, l'Histoire étouffée*

© Fleurus Éditions, 2022

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 1999, y la presente, 2024

Traducción de Mónica Ruiz Bremón

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 121

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-188-5

Depósito Legal: M-8330-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. +34915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PRIMERA PARTE. LOS HECHOS..... | 9 |
| I. LA AMENAZA..... | 11 |
| II. LA VERGÜENZA..... | 23 |
| III. LA GLORIA..... | 47 |
| IV. LOS RESULTADOS..... | 87 |
| SEGUNDA PARTE. LAS EXCUSAS Y LOS ENVITES | 115 |
| I. ¿DEFENDERSE DE LA CASA DE AUSTRIA?..... | 117 |
| II. SALVAR LA REFORMA..... | 157 |
| III. ¿SALVAR LOS SANTOS LUGARES? | 179 |
| TERCERA PARTE. CURIOSAS PERSISTENCIAS | 203 |

«Sí, la Historia tiene una vocación pedagógica esencial a menudo olvidada [...] ¿Se puede consagrar un día al Rosario, el 7 de octubre (¿por qué el 7 de octubre?), silenciando por completo el 7 de octubre de 1571, sobre todo nosotros los franceses, teniendo en cuenta que nuestro Muy Cristiano Rey era entonces el aliado de los turcos infieles contra Europa cristiana? Perturbador, sí, pero, ¿es suficiente motivo para callárselo?»

Jean Pierre Gomane, Director de Estudios del Centre des Hautes Études sur l’Afrique et l’Asie Modernes
(*La Croix*, 7 de diciembre de 1996, p. 21)

PRIMERA PARTE
LOS HECHOS

I. LA AMENAZA

Ni siquiera en la época de las invasiones bárbaras, Europa, la civilización cristiana, conoció una amenaza tan grave, vital, poderosa y unificada como la amenaza turca islámica que sufrió a lo largo del siglo que va desde 1450 a 1571, fecha de Lepanto (el famoso 7 de octubre).

Las invasiones bárbaras que se habían impuesto del siglo III al V al mundo romano cristiano, fraccionadas en diversos pueblos, en el espacio y en el tiempo, se habían vertido de tal forma en el molde, o yuxtapuesto al mismo, que no lo habían destruido. Integradas a veces como federadas en la estructura de la propia Roma, no habían impedido que siguieran floreciendo los más altos testimonios de la civilización romana cristiana. Su inicial herejía arriana había convivido con san Martín, san Hilario de Poitiers, san Sidonio Apolinar, san Gregorio de Tours y san Cesáreo en la Galia; con san Benito y el papa san Gregorio en Italia; con san Leandro y san Isidoro de Sevilla en España. Muy pronto, los francos se convirtieron (en 496 o unos años más tarde), al mismo tiempo lo hicieron los burgundios arrianos (hacia 500) y, después, los suevos y los poderosos visigodos de España, también arrianos (hacia 570 y 590 respectivamente).

En los siglos XII y XIII, Europa había conocido una amenaza fundamentalista islámica, la particular de los almorávides y los

almohades mauritanos o bereberes que se instalaron en España. Pero esta amenaza se había enquistado y había sido enseguida rechazada por la cruzada española y europea, primero en las Navas de Tolosa (1212), después en Sevilla (1248). Se creó entonces, en respuesta a la llamada del papa, una Liga Santa de Europa, que incluía a Francia, para asegurar este rechazo. En Las Navas o en Sevilla combatieron, al lado de los ejércitos de los reyes de Castilla, de Portugal y de Aragón, el arzobispo de Narbona, el obispo de Agde, el conde de Foix y el señor de Mirepoix a la cabeza de los caballeros e infantes franceses; también el italiano Micer Ubaldo, a la cabeza de un grupo de caballeros ingleses. Un marino francés permitió la reconquista de Sevilla venciendo a la flota islámica de socorro: el almirante Ramón Bonifaz.

Todo el gran universo

Nada que ver con la enorme amenaza turca islámica de 1450 a 1571. Esta no lanzó sobre Europa monjes guerreros islámicos de una parte del *ribat* mauritano y después a los bereberes del Atlas marroquí, sino a todo el universo islámico fundamentalista de África y de Asia, e incluso de Europa oriental, reunido como un ariete bajo un mando único. No vio levantarse contra ella una Liga Santa de la Europa cristiana; por el contrario, se benefició a menudo de la complicidad pasiva de la Europa protestante de Alemania, los Países Bajos e Inglaterra contra Roma y, casi siempre, de la complicidad activa de la reserva francesa, a pesar de ser ésta también católica, contra el católico imperio austro-húngaro español. Desde 1537, estuvo muy cerca de apoderarse de la misma Roma, cuando Solimán el Magnífico, acampado en Valona con 150.000 hombres y una poderosa flota, esperaba, para lanzarse contra la Ciudad Eterna que tenía al alcance de la mano, el ataque combinado que el rey de Francia le había prometido lanzar sobre Italia del Norte. Cosa que, por fortuna, éste no hizo, asustado de repente por el abismo que podía abrir. En 1570-1571, en vísperas de Lepanto, la situación era muy grave. Francia había rechazado la

Liga Santa e intentaba deshacerse de la poderosa Venecia, a cuyas puertas había llegado ya la formidable flota y el ejército de desembarco del sultán Selim II. Y Selim reinó ya, como Solimán, hasta las puertas de Viena, otro de los corazones de Europa.

Inexorable avance

La ola que llevó al poder islámico a las puertas de Roma, de Venecia y de Viena no fue nunca detenida del todo. Avanzaba inexorable, reduciendo a la Cristiandad, como dijo Fernand Braudel, «a un cantón de Europa». En 1453 se apodera de la gloriosa capital del imperio cristiano de Oriente, la Constantinopla de san Gregorio de Nazianzo, de san Juan Crisóstomo y de la basílica de Santa Sofía. En 1461 se apodera del último reino cristiano de Oriente, el de Trebizonda. En 1459, después de Bulgaria, cae bajo el poder islámico Serbia (salvo Belgrado); en 1463 caerán Bosnia y Croacia. Al mismo tiempo, la ola turca avanza sobre Grecia, asegurándose en 1470 la gran isla de Eubea, de 1460 a 1475 el ducado de Atenas y el principado de Morea (Peloponeso). En 1479 llega todavía más al oeste, apoderándose del condado de Cefalonia, enfrente de Italia.

En 1480, los turcos no dudan en desembarcar en la misma Italia, apoderándose de Otranto, que destruyen y donde masacran a la población cristiana. En 1517 se hacen con el sultanato moderado de los mamelucos de Egipto, que reinan también sobre Palestina y Arabia y que han tratado de defenderse pidiendo ayuda a los aragoneses católicos de Sicilia.

Los turcos se convierten entonces en fundamentalistas, recibiendo su primer sultán Selim en La Meca, y vanagloriándose de ello, el título de comendador de los creyentes. En 1518, esos turcos convertidos en fundamentalistas se hacen con el control de los bereberes musulmanes de todo el Magreb, especialmente de Túnez a Argel. En 1521 se apoderan, en Europa central, de Belgrado, que había resistido hasta entonces. En 1522 invaden la Rodas de los Caballeros de San Juan tras un asedio épico. En 1526 humillan y matan al rey Luis de Hungría en Mohacs. En 1529, desde

Hungría, se lanzan sobre Austria y sobre la misma Viena, salvada *in extremis*.

Roma, sitiada por todas partes

En 1532 reemprenden el asalto contra Viena, de nuevo salvada *in extremis* por el emperador Carlos Quinto. Después, se instalan sólidamente en Hungría, en Budapest (1541), en Moldavia, entonces polaca, en Rumanía y en Albania. En 1536 han invadido y destruido la Calabria italiana. En 1543 toman y saquean Niza, después se instalan en Tolón, ciudad que el rey de Francia les ha ofrecido. En 1544 masacran a la población cristiana de las islas Lípári. A continuación desembarcan en Córcega y saquean la isla de Elba y numerosos puertos italianos, donde hacen innumerables cautivos. En 1558 se lanzan todavía más hacia el oeste, apoderándose de Ciudadela, en la española isla de Menorca. Sus aliados bereberes no dejan tampoco de hacer incursiones a las costas españolas de Valencia y Andalucía para hacer prisioneros en masa. Estos aliados disponían entonces de un nido virulento, el Peñón de Vélez, en la costa norte marroquí, a la entrada misma del Atlántico, que los españoles, de nuevo con ayuda de otros cristianos, toman en 1564.

En 1565, para hacer saltar el cerrojo que, a pesar de todo, protegía el Mediterráneo occidental, los turcos lanzan un ataque masivo contra Malta de los Caballeros, salvada también en el último momento por la flota de Felipe II. En 1568 participan junto con sus bereberes (una cuarta parte de los combatientes) en la muy peligrosa sublevación de los moriscos de Granada. En 1570 someten la gran isla de Chipre, que se mantenía católica, con espantosas masacres. En 1571 devastan todo el Adriático, de Corfú hasta Venecia, como hemos visto. Como Venecia, Roma, rodeada por todas partes, parecía más que nunca un fruto maduro a punto de caer en sus manos. El segundo sultán Selim cuenta con ello, armándose «con furia», tal y como apuntan todos los informes.

La destrucción de la civilización cristiana

Y esta amenaza turca no es sólo inmediata, poderosa y unificada, sino también imparable, inexorable. No se dirige sólo al corazón geográfico de la Cristiandad, sino que apunta incluso a su alma, a su civilización. Al contrario que la amenaza de los bárbaros, vertida en el molde romano, luego medieval y cristiano, la amenaza turca supondría la destrucción radical del molde.

Las naciones cristianas, invadidas, desaparecen. A menudo bajo la emigración masiva de nómadas islámicos, como los *yuruk* y los *tatar* en Bulgaria, Rumanía, Grecia y Macedonia. Son sustituidas por el poder de los *pachás*, representantes uniformes y serviles del poder omnímodo del sultán. Además, «la doctrina misma del estado turco hace que toda la riqueza sea propiedad exclusiva del sultán», como recuerda Braudel. Los *timar* islámicos que el sultán distribuye entre sus cortesanos y servidores reemplazan así a los señoríos cristianos. Al principio sirven para proveer a los combatientes de la conquista islámica, los *sipahis*; después «se vuelven contra el mundo campesino, lo explotan sin vergüenza y sin medida. Es el tiempo de la ignominia», escribe el mismo Braudel. Se hace tabla rasa de las incardinaciones nacionales, de todo el progreso social cristiano que había tenido en cuenta, como dice el profesor de la Universidad de Princeton, Américo Castro, «la fuerza y el brío que el artesanado y el campesinado habían adquirido en el siglo XV en toda Europa».

Los propios cristianos son objeto de una discriminación fundamental en el imperio otomano. Son sometidos a un impuesto especial que no pagan los musulmanes, encaminado, naturalmente, a animarles a convertirse al Islam. Y son abandonados sin protección alguna contra la arbitraria administración de los *pachás*, contra la arbitraria justicia de los *cadís*, los jueces musulmanes, y contra el arbitrio religioso de los *ulemas*, los doctores de la ley musulmana. O mejor, unos simples fundamentalistas que conforman una especie de inquisición islámica espontánea, una «institución popular que funciona continuamente», independientemente de los

tribunales, «con funciones de persecución y de delación», como nos dice el especialista en el mundo islámico Miguel Asín Palacios. Los cristianos son maltratados; sus casas, incendiadas. Y esta discriminación a menudo violenta, esta servidumbre, golpea fuerte en el interior de las relaciones sociales más profundas. Como ocurre hoy en los países musulmanes, «la madre cristiana casada con un musulmán no tiene ningún derecho sobre sus hijos, que deben ser educados en la religión de su padre», recuerda el misionero católico del Alto Egipto, el abad Vittorio Mazzucchelli. Se trata de la erradicación, consumada o programada, del cristianismo mismo.

El mafioso domina al totalitario

Hasta los hijos de los cristianos pertenecen en tierra islámica al sultán, como el resto de la riqueza de su imperio. Este tiene a bien no quedarse, en principio, más que con uno de cada cinco (a menudo muchos más), desde su tierna infancia, en beneficio propio y del Islam. Son arrancados a la fuerza y para siempre a sus padres cada tres años. Las niñas para poblar los harenes del palacio, los niños para ser entrenados y adoctrinados en el islamismo y constituir sus tropas de elite, los jenízaros. Que llegarían a ser 140.000 bajo Solimán y Selim II. Así, el Islam turco mataba dos pájaros de un tiro: los nacimientos cristianos en su interior le servían para conquistar u oprimir a los cristianos del exterior. En esto también era «el tiempo de la ignominia».

Tampoco se olvidarían de utilizar, con la misma eficacia, a los cristianos del exterior, que eran capturados en masa. Ni se dejaría de lograr que este último aspecto de la amenaza turca islámica fuera un negocio de estado absolutamente eficaz. Un negocio de estado en el que el mafioso acabaría dominando al totalitario, algo en lo que nuestros totalitarios modernos no han llegado a pensar. El mafioso que hace negocios fraudulentos con el palacio, especialmente con los numerosos renegados del cristianismo que produce la feroz discriminación de los cristianos y que son tentados por el suculento enriquecimiento. Hay que reconocer que el

imperio turco obtenía así una doble ventaja: la rentabilidad de un gigantesco chantaje y la aportación humana de una masa de marginados de todas las nacionalidades cuyo talento se combinaba con su falta de escrúpulos. Estando las naciones cristianas alejadas, no tenían cabida en ellas, al menos por el momento. Pero con el gusano mafioso prosperando dentro de su acogedor fruto, el imperio turco se corrompe por dentro y los ajustes de cuentas del palacio lo convierten, pronto, en el «malo» de Europa.

Un inmenso campo de concentración

De momento, pues, según un modelo que se ha vuelto a repetir en nuestros días, el Mediterráneo turco se convierte en un inmenso y productivo campo de concentración para cristianos. Por un lado, cuando estos cristianos son ricos o acomodados resultan, por los rescates exigidos, una inyección financiera a su producción intensiva de renegados; por otro, cuando son pobres, constituyen un reservorio de galeotes para las flotas de galeras que protegen esta genial institución. El cuadro que nos ofrece uno de estos campos de concentración, Argel en la época de Lepanto, por entonces de los más importantes y a la vez inyección financiera y reserva de galeotes, es elocuente. Argel, tan significativo que su «rey» islámico, el *pachá beylerbey*, el inteligente renegado cristiano calabrés Uluj Alí, sería, a la cabeza de sus temidas galeras de piratas y chantajistas, el héroe turco de esta gran batalla.

Los cautivos cristianos, varones adultos, capturados en las costas italianas, en las islas mediterráneas grandes y pequeñas, en las de España e incluso en la Francia mediterránea, así como en los barcos que cruzaban el Mediterráneo, incluidos los franceses, llegaban a alcanzar la cifra, en Argel, de 20.000 a 30.000 esclavos¹. Habría que añadir a éstos las mujeres y los niños, al menos 10.000 esclavos más. Pero se desconoce su número exacto, ya que, en

¹ Diego de Haedo, arzobispo de Palermo, *Topografía e Historia general de Argel*, Valladolid, 1612; reimp. Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid 1927-1929, t. II, especialmente pp. 178 y 179.

LEPANTO, LA HISTORIA OCULTA



A mediados del siglo XVI, Europa sufrió la mayor amenaza de su historia: el avance del imperio turco islámico. Entre las principales naciones católicas europeas hubo una que, ante tal acontecimiento, decidió dar la espalda: Francia. Jean Dumont se atreve a arrojar luz sobre esta inquietante realidad y a plantear las preguntas que se derivan de ella.

El 7 de octubre de 1571 fue la fecha de la victoria de Lepanto, cuando la Europa cristiana impuso un freno decisivo al expansionismo islámico que amenazaba las puertas de Roma, Venecia y Viena. Pero más allá de este trascendental acontecimiento, cuya dramática historia se relata íntegramente, Dumont revela que la complicidad de Francia con el Islam no dejaría de desplegar sus efectos a lo largo de los siglos siguientes, hasta nuestros días, culminando en los problemas a los que nos enfrentamos actualmente. Con la precisión y la novedad de su documentación internacional, a menudo inédita, Dumont nos ofrece una gran y fascinante saga histórica, profundamente reveladora.

Depósito Legal: M-8330-2024



ISBN: 978-84-1339-188-5

